

Controversia

¿Qué dicen los textos escolares?

Georgina Arias
Guillermo Bernaza
Enrique Pérez Díaz
Ricardo Quiza
Denia García Ronda

Denia García Ronda (moderadora): Este panel de Último Jueves desarrollará un tema que considero muy importante, porque se trata justamente de la formación de los futuros hombres y mujeres de nuestro país: los textos escolares. Para ello contamos con una diversidad de profesiones y de intereses en este caso, para que las discusiones sean multilaterales.

La primera pregunta, o la primera serie de preguntas, para ser exacta, sería: ¿Cuáles deben ser los objetivos de un libro de texto? ¿Cómo es o debe ser su relación con el maestro y con el estudiante? ¿Es una guía para la acción o es el elemento básico del proceso de enseñanza-aprendizaje? Y ¿últimamente cada qué tiempo se deben actualizar los libros de texto de las diferentes asignaturas?

Preferimos focalizar estos temas más bien en la enseñanza de las humanidades para no hacer demasiado amplio el espectro, pero si tienen alguna idea sobre otras materias también la pueden desarrollar.

Guillermo Bernaza: Voy a tratar de dar mis propias ideas, mis propias visiones sobre este importante medio de enseñanza, que ya tiene su historia, sus siglos, desde Comenius, el primero que denominó de esa manera al libro de texto.

Son pocas las investigaciones teóricas, los resultados empíricos sobre este tema en el mundo. Pudiera ser hasta una contradicción. Conocemos investigadores en Francia, en Polonia, en la ex Unión Soviética, en la ex República Democrática Alemana, y también en nuestro país, pero son muy puntuales. Tal parece que el libro es una creación consistente consigo misma, que no requiere un tratamiento teórico, una

* Panel realizado en el Centro Cultural Cinematográfico ICAIC, el 28 de octubre de 2010.

profundización de su origen, su desarrollo, etc.; esto no excluye, por supuesto, que haya clásicos en esta área, como por ejemplo Zuev, un investigador soviético.

Sobre cuáles deben ser los objetivos de un libro, el primero que puedo visualizar es el desarrollo de la personalidad de los estudiantes, en todo el sentido de la palabra, o sea, educar, contribuir a que esa persona, desde que comienza en la escuela hasta los niveles superiores, e incluso el posgrado, tenga en sus manos un instrumento para su desarrollo personal, para su crecimiento, para el enriquecimiento de su cultura, de sus puntos de vista, y no lo vea como una amenaza, como en ocasiones ocurre. El libro puede convertirse en ese aliado fundamental del estudiante para poder aprender cada día más y profundizar en lo que estudia, algo que le posibilita tener una mejor comprensión del mundo, y de sí mismo. Por supuesto, esto está muy unido al desarrollo de determinados valores en los estudiantes, muy relacionados, por ejemplo, con el cuidado del medio ambiente, la conservación del patrimonio nacional e internacional, el respeto, la honestidad, la independencia, la responsabilidad, y otros, que deben ser formados a través de la lectura, en especial del trabajo diario con el libro de texto.

Una necesidad actual, y podríamos decir que cada vez mayor, es que los niños y los jóvenes aprendan a aprender, sepan, por sí mismos, hacer las búsquedas, profundizar en lo que les interesa de forma independiente, con autonomía y creatividad. El libro debe proporcionarles las herramientas para hacerlo.

Uno de los problemas que detectamos es que los estudiantes llegan a nuestras universidades sin el suficiente conocimiento, o más bien el dominio de las habilidades lógicas del pensamiento. Esto parece increíble, pero se produce con mucha frecuencia; y no es un problema solo de Cuba. Por lo tanto, el libro de texto debe contribuir al desarrollo de esas operaciones lógicas del pensamiento, al desarrollo psíquico del niño, y del joven, no aisladas de los contenidos que tienen que aprender en cada objeto de estudio. Ello tiene un fundamento psicológico, a partir del enfoque histórico y cultural de Lev S. Vygotski, quien hizo grandes aportes al campo de la psicología. El ve en estas funciones lógicas el desarrollo del estudiante a través de la enseñanza. En definitiva, creo que una de las cosas más importantes es considerar el libro como un medio de enseñanza que moviliza y desencadena todas las riquezas afectivo-cognitivas de los estudiantes.

Ricardo Quiza: Quiero advertir que yo recién comienzo en la docencia, me he dedicado mayormente a la investigación histórica, o sea, que me referiré sobre todo a los libros de Historia de Cuba realizados en nuestro país.

Diría que los dos grandes objetivos de un libro de texto de historia están, de hecho, trazados de antemano: son básicamente culturales-instructivos y políticos. La gente siempre ha tendido a buscar en el pasado para entender su presente y de algún modo planificar su futuro. Hay una necesidad gnoseológica que está ahí, que se había intentado explicar por otras vías, incluyendo las hagiografías, las historias de santos, pero no es menos cierto que con el arribo de la modernidad estos intentos de reinterpretación del pasado van a seguir el caudal de la objetividad científica y a acudir a la cuestión nacional. Creo que los pilares son esos dos grandes credos de la modernidad: la nación y la ciencia.

Los textos de historia forjan valores, tradiciones, y contribuyen a cuajar las identidades nacionales; en ese sentido es interesante cómo el surgimiento de los libros de texto de historia está muy vinculado con la emergencia y consolidación de los Estados nacionales, por lo que, referente a Cuba, hay un proceso que se ha llamado de invención de tradiciones o de creación de una cubanidad imaginada, parafraseando a Benedict Anderson. Por otro lado, también los libros de historia desempeñan un papel fundamental en la forja de lealtades políticas, que por lo general legitiman el presente económico-político, imperante en un momento determinado.

Quisiera leerles un fragmento de los lineamientos oficiales sobre la enseñanza de la historia, en 1914, cuando se produce una gran renovación de los estudios en Cuba, especialmente los de la escuela primaria: «La enseñanza de la historia en la escuela primaria debe tener como principal objeto que el niño adquiera el conocimiento de la vida de su país en el pasado, y del lugar que ocupa como entidad histórica, a fin de ir vigorizando el alma del pueblo con altos y nobles ejemplos, formando la conciencia nacional y preparando en cada alumno al ciudadano del porvenir, que coopere al sostenimiento de las instituciones, laborando por la felicidad y por la grandeza de la Patria». Me parece que hay una serie de rasgos que comparten todos los libros de texto de historia.

Denia García Ronda: ¿Se refiere a los de Cuba?

Ricardo Quiza: Sí, aunque generalmente en el mundo también pasa así, sobre todo con los de la primaria, que son de obligatoria consulta aun para los alumnos de colegios privados. Están presentes en casi todos los niveles de enseñanza y ofrecen una versión casi siempre simplificada y muchas veces maniquea del pasado. En ello es posible que esté influyendo una subvaloración del educando, quizás también las necesidades de un rápido aprendizaje y hasta exigencias de corte político. Digo el pasado siguiendo la clásica idea del progreso lineal y ascendente, en la que la historia se remonta a un pasado oscuro y lleno de contradicciones, y termina en *happy end*; eso me recuerda una canción de Vanito y Alejandro Gutiérrez en el CD *Vendiéndolo todo*, que dice: «Los maestros en la escuela siempre hablaban del amor y la esperanza». Hay un predominio de la historia de los procesos políticos, últimamente sazónada con la impronta del marxismo y los procesos económicos, que promueve una visión demasiado estructuralista de la sociedad, enmarcada en cifras y datos; y salpicada con la épica y la actuación de grandes héroes y de grandes hazañas que supuestamente contribuyen a crear valores positivos, pero, a veces, en demasía.

A pesar de su carácter normativo y de su estilo compacto, creo que el libro de texto es necesario y debe ser una guía, y no una *Biblia* para el educando. Por supuesto, este tiene que acudir a materiales extras, no solo conformarse con los textos básicos. En este sentido, el profesor tiene un papel esencial; usted puede tener los mejores ingredientes del mundo, pero si el cocinero es malo, el plato no sale bien. Muchos padres —sobre todo los que tienen hijos más o menos en las edades de la primaria, la secundaria, el preuniversitario, como me acaba de pasar a mí— hemos tenido que sufrir por la baja calidad de la enseñanza, y convertirnos en profesores en la casa, ayudar a los muchachos con los trabajos docentes. Un buen profesor puede incentivar al educando a utilizar las lecturas adicionales y otros métodos de aprendizaje, e incluso a manejar las nuevas tecnologías, que a veces creo que se subutilizan. El libro de texto no debe ser el único ingrediente fundamental en la enseñanza. Pienso que la actualización de los libros de historia tiene que ver con las dinámicas histórico-sociales de cada país. En el caso de Cuba los libros están viejos, son de los años 90 del siglo xx, referidos a los 80 y a las etapas que le preceden, y ya se sabe cuánto ha cambiado nuestro país en los últimos veinte años. El último libro que acaba de salir es el de nivel preuniversitario, que constituye una versión bastante amplia de la historia nacional. A pesar de las objeciones que se le pueden hacer, es un excelente texto. Pero la mayoría de los libros de texto, incluso los de primaria, son del 89 o del 91, y los de secundaria del 94, si mal no recuerdo.

Denia García Ronda: Más o menos los dos panelistas han coincidido en que tan importante es el libro de texto como el que lo usa: el maestro, el estudiante, la familia. Vamos a ver qué piensa Georgina, que trabaja en la esfera de la enseñanza primaria, justamente en estos aspectos.

Georgina Arias: Quiero decirles que vengo aquí, más que como especialista de enseñanza primaria, como una persona con muchas expectativas sobre lo que se va a discutir. Voy a empezar por el final: los libros, tanto de primaria y secundaria, como de preuniversitario, están próximos a una nueva revisión y elaboración. Entonces, los criterios que se den en este panel van a ser muy útiles para nosotros, sobre todo para que los tengan en cuenta aquellos que los van a elaborar. Aquí hay personas que también han participado —las profesoras Martha Batista y Emilia Gallego; Denia García Ronda, que escribió para los primeros libros. Yo soy coautora de los libros de Lengua, de Lectura y Español, todos los de lengua materna de la educación primaria, y además he colaborado en los de secundaria, pero en materiales para los maestros.

Estoy de acuerdo con casi todo lo que se ha dicho. Para mí, el libro de texto sí es un elemento básico del proceso de enseñanza-aprendizaje, que integra un sistema de materiales que hay en la escuela, con objetivos que se trazan para toda la educación, no solo la primaria. Pretendemos un fin, que es formar al individuo que va a integrar la sociedad y que tiene que estar desarrollado de manera integral. Todo eso forma parte de un gran ciclo de objetivos que suponen el logro de un graduado que vaya a la educación superior con una serie de habilidades. Sabemos que, por desgracia, no está pasando así, por razones que todo el mundo conoce.

Concuerdo con lo que dijo el profesor Quiza, sobre si tengo todos los ingredientes y no tengo un buen cocinero, no puedo lograr los objetivos que me propongo. Pero ahora hablamos de un ingrediente principal.

Indiscutiblemente, los libros tienen muchas deficiencias; son de finales de los 80 y principios de los 90. En el mundo se actualizan casi cada diez años. Nosotros, por razones obvias, no lo hemos podido hacer, el ministerio no ha podido afrontar de nuevo ese trabajo. Ya se sabe que no puede esperar más, porque han pasado veinte años.

Acabamos de revisar el libro de primer grado, *A leer*, porque las cintas se deterioraron de tantas reimpressiones y hubo que volverlo a hacer; lo actualizamos un poquito, le pusimos parches de mercurocromo, como diría una colega mía; pero ya es necesario un perfeccionamiento general, como se hizo al principio, dirigido por la doctora Vicentina Antuña, que era la presidenta de la Subcomisión de Español.

El libro de texto es una guía para el maestro, pero para el alumno es esencial, y más con la situación actual del profesorado, que no es lo suficientemente idóneo. Entonces el alumno tiene que apoyarse mucho en los libros.

Denia García Ronda: Enrique, desde el punto de vista de un escritor de literatura para niños, de un editor, ¿qué piensas de todas estas cosas?, ¿qué relación puede tener la literatura con los contenidos de los libros de texto, sobre todo de humanidades?

Enrique Pérez Díaz: En realidad ellos son los especialistas, yo vengo a ser como la oposición; porque, tradicionalmente, el tipo de libro de la editorial donde yo trabajo es el que se opone a los libros de texto. Es el que los niños llevan escondido a la escuela para leer y evadirse de las clases, es el de bellas letras, de pasatiempo, de crucigramas, de muñequitos, y es el que lógicamente los muchachos prefieren; y el libro de texto, como han dicho los especialistas, es el que guía a los profesores.

Cuando se vaya a hacer libros de texto, tiene que haber un consenso sobre a quién está destinado: si es al maestro que va a trabajar con él para introducir al niño en el conocimiento, o al alumno, porque me parece que se produce una dicotomía. El libro de texto tiene un discurso, está más dirigido al profesor, al enseñante, y no al supuesto enseñado. Sería lo primero que habría que ver para perfeccionar los libros de texto, que están absolutamente desactualizados, no solo en la información, sino en el tono y el lenguaje que muchas veces utilizan para dirigirse a sus lectores. Me parece que ese sería un primer distingo.

Desde el punto de vista de una editorial que hace libros que no tienen que ver con el texto escolar de manera directa, que pueden contradecirlo o complementarlo, creo que el libro de texto, y el modo en que se haga llegar a los muchachos, puede ser una vía magnífica para fomentar la lectura, o sencillamente, si el cocinero no es bueno, una vía para que la gente la odie por completo. Creo que los libros de texto deben apoyarse en las lecturas complementarias, y me parece que ahí estaría su riqueza.

Tengo la impresión de que los libros de texto tienen un tono a veces demasiado académico, historicista, y están muy centrados en visiones muy enquistadas de ese discurso mismo que se le quiere transmitir a los muchachos. Habría que crear un libro de texto intermedio entre la gente que lo va a usar y adecuar más el tono. Así potenciaríamos la lectura extra-clase y la lectura en clase, que creo que es lo principal en todas las materias: en Literatura, en Física, en Química, en Matemáticas. Uno de los libros más vendidos en la Feria es *Malditas matemáticas*, del italiano Carlo Frabetti. A los muchachos les llama la atención y, sin embargo, propone ejercicios matemáticos. Hay otro, de un autor soviético, Jakov Perelman, que se llama *Matemáticas divertidas*, que está en el mismo caso, ¿por qué?, porque aplica el conocimiento para que los muchachos lo vean de otra manera, no de esa forma «sacra» que se suele dar en la escuela, a veces como un castigo. De todos modos, estoy de acuerdo en que podemos tener los mejores libros de texto, pero si no tenemos personas que los sepan usar, no hemos hecho nada. Todos los recursos que pueda invertir el país en eso, se quedan en nada.

Denia García Ronda: Hemos visto lo que pudiéramos decir que está dentro del aula, del sistema educacional. Vamos a ver ahora ese sistema en relación con el conjunto de la sociedad cubana. En ese caso, ¿en qué sentido creen ustedes que los libros de texto, en especial los del área de humanidades, pero no necesariamente ellos solos, contribuyen a la formación de niños y jóvenes para que participen activamente en la sociedad en que viven y en el mundo contemporáneo, el mundo en que les tocó vivir? ¿Recogen esos libros, tanto en sus textos como en sus ilustraciones, la diversidad social cubana: raza, género, generaciones, etc.?

Ricardo Quiza: En los últimos años he visto más este tipo de discurso en *spots* publicitarios de la televisión que en los libros de texto, y me parece bien porque la imagen también debe fundar esta clase de alianzas sociales y de participación activa. Pero el libro de texto se ha creado básicamente para construir legitimidades; por lo menos el de historia presenta una imagen de conflicto resuelto; por tanto, no ayuda a repensar, a disentir, a discutir; no es capaz de formar esos ciudadanos activos que pretendemos. Creo que así ha sido siempre; les voy a leer lo que dice un editorial de 1899 de la escuela cubana: «El porvenir de la Patria se halla en nuestras manos, y la Patria exige que le demos no hombres peligrosos, sino buenos ciudadanos amantes de su país y de su familia»; parece que ser buenos ciudadanos es no disentir. Independientemente de todas las virtudes que puede tener nuestro proceso, y que pueda haber tenido la República, el individuo tiene que desempeñar un papel activo. Siempre hubo críticos de este tipo de relatos impuestos por un sistema educacional poco creativo; el gran pedagogo cubano Arturo Montori decía: «Pero todavía la clásica organización basada en la sumisión, la quietud y el silencio —hablaba en este caso de la enseñanza en cuerda católica—, en la lección escuchada y aprendida, es la establecida oficialmente en las instituciones escolares, y los millones de niños que se educan en todas las escuelas públicas o privadas del mundo se hallan sometidos a esta forma de disciplina autocrática, buena incubadora de súbditos aunque después hayan de llevar el falso rótulo de ciudadanos». Entonces, los manuales escolares están para crear una suerte de mentalidad binaria, de oposición pasado/presente, buenos y malos, los de adentro y los de afuera, tristeza/felicidad, y ese no debe ser el proyecto.

Por otro lado, creo que la inclusión en los textos escolares de Historia de Cuba de la cuestión de género, de raza, aún es deficiente. Por ejemplo, estoy notando en el mencionado libro de preuniversitario, que se trabaja de forma sistemática el tema del desarrollo cultural, científico y educacional; pero el tratamiento de la cuestión de género sigue siendo a través del reconocimiento de las grandes mujeres que participaron en grandes hazañas; y lo mismo sucede con los negros. Los libros de texto empezaron en una cuerda de historia política, se les añadió luego la visión de la historia y de las estructuras económicas, pero les sigue faltando la historia social. Y son historias habanero-centristas básicamente, salvo en los períodos de convulsión política, donde entonces son oriental-centristas.

Este afán de crear sujetos integrados más que apocalípticos, no solo se ve en el texto como tal. Hasta los propios exámenes condicionan este tipo de esquematismo, por ejemplo, en las claves de evaluación. Lo digo por experiencia.

Guillermo Bernaza: Voy a hacer una pequeña reflexión sobre los libros de ciencia porque soy profesor de Física. Yo he visto en ellos una intención de que el estudiante se relacione con la sociedad, con los problemas del medio ambiente, que conozca el porqué de cada uno de los fenómenos físicos que lo rodean. Veo una elaboración muy bien pensada desde el punto de vista pedagógico y psicológico del aprendizaje de la Matemática, de la Biología, para lograr esto desde las etapas iniciales.

Ahora bien, estos libros —como han dicho Georgina y Enrique—, por muy buenos que sean, si no tienen un profesor que sepa utilizarlos, no funcionan. Usted puede tener la mejor obra, pero si no hace con ella un trabajo correcto con los estudiantes, pedagógicamente bien fundamentado, no obtiene ningún resultado.

Y voy a decir algo un poco atrevido: considero que, a veces, el libro de texto no hace falta; quizás en la primaria es muy necesario; pero en el nivel superior, no. Soy de la idea de que, atendiendo a las necesidades, a las particularidades de los estudios, a un estudiante universitario, y aun de preuniversitario, le sería más interesante recibir una guía de estudios para acceder —digamos, en el ámbito literario— a las obras de escritores tal como las escribieron los autores, sin ningún tipo de procesamiento pedagógico ni didáctico. A veces se dan fragmentos, comentados después por una persona que puede estar muy preparada en el tema, pero eso no significa que sea ese el pensamiento, la única interpretación. En el nivel superior no debe haber un libro de texto. Por ejemplo, sería muy interesante que un estudiante trabajara con artículos científicos, literarios, obras literarias; podría consultar tesis de maestría o de doctorado, etc. En definitiva, es un sistema que responde a una tarea docente que el estudiante tiene que cumplimentar con una orientación precisa del profesor, bien preparada desde el punto de vista metodológico; y esto, para que el estudiante pueda desarrollarse y desarrollar su independencia.

Georgina Arias: Me interesaría intercambiar con ustedes una serie de cuestiones muy importantes para mí como persona y para la institución que represento, que es el Ministerio de Educación.

Por supuesto que la intención fue que los libros de texto contribuyeran a formar niños y jóvenes para que participaran de manera activa en la sociedad, e indiscutiblemente eso no se ha logrado del todo. No se puede tapar el sol con un dedo, no lo hemos logrado en un modo suficiente y efectivo, porque han fallado muchas cuestiones. Pero tampoco soy tan negativa como para decir que no se logró del todo, creo que sí se han logrado muchas cosas, aunque hay todavía deficiencias en ese sentido.

Sobre si recogen los libros, tanto en las ilustraciones como en los textos, la diversidad social cubana, todo lo relacionado con la raza, los géneros, las generaciones, comparto lo que dice Quiza. Recientemente participamos en un proyecto de la

UNEAC sobre ese tema que seguro ustedes conocen, y con la doctora Lidia Turner tuvimos que recopilar información de cómo se recogía la temática racial en los libros de todas las asignaturas y de todos los grados. Llegamos a la conclusión de que era por completo insuficiente. Los libros de Lectura y de Literatura, concretamente de primero a sexto, son como antologías donde hay una representatividad de los escritores que habían publicado hasta la década de los 90; por eso no todas las generaciones están presentes. Tenemos un desarrollo tremendo de la literatura infantil y juvenil en las últimas décadas, y esos autores no están en los libros nuestros porque en aquel momento no tenían obras publicadas. Es un déficit, una dificultad grande en los libros de texto.

En relación con la raza, ya dije que hicimos un conteo de qué autores había, qué temáticas se trataban, y vimos que hay pinceladas; en los de primaria hay anécdotas de Maceo y de Martí relacionadas con la raza; en secundaria se estudia con profundidad la obra de Guillén y se repasa su temática social, negrista; se estudian obras como *Cecilia Valdés*, donde está presente todo ese problema; pero tampoco fue un objetivo que se planteó sistemáticamente en todos los grados; hay algunos donde no se aborda el tema en ningún tipo de material.

Con los géneros ocurre más o menos lo mismo, aunque esto no ha sido estudiado lo suficiente por nosotros. En general, son pocos los trabajos investigativos relacionados con los libros de texto, tenemos poco material recogido sobre la experiencia de los maestros que los han utilizado en la base.

Denia García Ronda: Vamos a oír entonces a Enrique sobre este tema, para pasar a la última pregunta y darle la palabra al público.

Enrique Pérez Díaz: Tengo que ser breve, no por el tiempo, sino porque el tema casi se ha agotado. Los libros de texto se hacen, en definitiva, para que choquen con un público que uno quiere educar de una manera, enseñar, instruir, y legitiman determinados valores. Si los libros de texto que estamos utilizando son de los 80, estamos transmitiendo los valores que tenía nuestra sociedad en esa década y no los que pudo tener en los 90 o los que tiene en el siglo XXI. Hay países donde se actualizan estos libros todos los años, y están encaminados a fomentar un mercado. Además, en muchos lugares no son estatales, sino de empresas privadas o de la Iglesia, lo que les da otro carácter. Aquí estamos hablando de la experiencia cubana, de un país con determinadas características, pero en otras partes los libros de texto son muchos, están los de Santillana, los de SM, los de Norma, los de EDEVE, todas grandes transnacionales de la edición de libros de texto y de literatura. No ocurren los problemas que tenemos nosotros, pero sí algo peor: se potencia un mercado y todo lo alternativo a él queda fuera de ese gran sistema. En definitiva, legitiman lo que alguien quiere; si nosotros, por insuficiencias de recursos no podemos actualizarlos, ya no estamos legitimando lo que queremos en este momento; es decir, cómo queremos que piensen los niños del siglo XXI. A lo mejor estamos hablando de procesos elementales que ya hoy han dejado de serlo para los muchachos, porque están conectados con las computadoras, con la web; sus padres tienen Internet o les bajan cosas de Internet. Nosotros estamos hablando del libro de texto, y ellos están haciendo la tarea por Wikipedia o por la famosa Encarta. En conclusión, no tenemos, ya lo dijo Georgina, los libros de textos que quisiéramos.

Georgina Arias: Algo muy cortico. No comparto el criterio de que están absolutamente desactualizados; porque Mirta Aguirre es Mirta Aguirre y va a serlo siempre, y Guillén igual, o Martí, y eso está en los libros de texto. Acabo de revisar el de quinto grado y eliminamos algunas lecturas porque eran algo extensas, y en la práctica habíamos visto que el muchacho rechaza las lecturas cuando son extensas; pero las temáticas

que se abordan y los autores incluidos no están siempre desactualizados. Habría que incluir cosas nuevas para que se actualicen más, pero no todo.

Lo del acceso a Internet y a otros medios habría que ver. La experiencia en La Habana puede ser así; pero en otros lugares del país es diferente. No todo el mundo tiene acceso a Internet. Creo que hay que volver a hacer los libros, estoy de acuerdo con eso, para que sean más atractivos. Me da un dolor tremendo cuando veo libros de otros países que tienen una presentación, un colorido, unas ilustraciones bellísimas; las nuestras son buenas en su mayoría, porque hemos tenido buenos ilustradores, pero el papel no siempre fue el mejor, ni todos esos aspectos que se deben mejorar para que compitan. A veces me pasa como con los libros cubanos, cuando voy a la Feria, que digo: qué lástima, el público va a buscar esos libros bellos, que tienen el colorido, el brillo, la carátula, y que, a veces, no se pueden ni siquiera comparar con los nuestros, de Unión, de Gente Nueva, en cuanto a contenido. Y eso sucede también con los libros de texto.

Denia García Ronda: Es cierto que la actualización sistemática resuelve problemas; pero la diversidad social cubana ha existido siempre y lo mismo podía haber sido reflejada en los libros de los 80, y no se hizo. Son errores que es preciso subsanar con nuevas ediciones; pero no se puede decir que es algo que no pasaba antes y ahora sí. Ahora la realidad es diferente, pero en otro sentido. La diversidad, desde el 59, se pudo haber reflejado en los libros de texto. Evidentemente, hay que resolver eso en las ilustraciones y en los textos.

Antes de continuar, vamos a ver cómo piensa el público sobre la encuesta que le pasamos. En la pregunta: ¿En el proceso de enseñanza-aprendizaje considera que los libros de texto son suficientes, complementarios o innecesarios?, 63,7% de las mujeres y 94,7% de los hombres consideran que son complementarios, o sea, que también estuvieron de acuerdo en que el maestro y el estudiante son importantes y, por lo tanto, el libro de texto complementa, según la mayoría de ustedes, todo ese trabajo.

La segunda pregunta decía: ¿Ha leído los libros de texto vigentes en los niveles de primaria y/o secundaria? 37,5% de las mujeres confiesa que han leído algunos; todos, solamente 6,2%; la mayoría, 25%; y muy pocos, 25%. En cuanto a los hombres, ninguno los ha leído todos; la mayoría, 15,7%; algunos, 57,8%; y muy pocos, 15,7%. Hay que leer los libros de nuestros hijos, hay que actualizarse leyéndolos, porque no solo se trata de las tareas de los niños, es que con los libros de texto se tiene una noción también de lo que es y lo que debe ser la sociedad cubana; nos da ideas de cómo pensar sobre estas cosas, de cómo se están instruyendo nuestros descendientes. Ese es uno de los objetivos de este panel. Consideramos que es algo muy importante, porque se trata del futuro del país.

En cuanto a: ¿Cree que esos libros de texto reflejan la diversidad cultural y social cubana? Nadie piensa que la reflejan mucho; 56,2% de las mujeres y otro tanto de los hombres considera que lo hacen poco; bastante, 18,7% de las mujeres y 10,5% de los hombres; ninguna mujer cree que no la reflejan en absoluto, y entre los hombres, 15,9%; mientras que 25% de las mujeres y 21% de los hombres dicen que no saben.

Ese es el resultado de la pequeña encuesta que pasamos al principio. Y así las cosas, vamos entonces a la tercera pregunta: ¿Cómo deben contribuir los especialistas no docentes, o sea, los científicos, escritores, artistas, historiadores, etc., en la definición de los contenidos y las ilustraciones de los distintos libros de texto?

Guillermo Bernaza: En todo este debate nos ha faltado un elemento importante, al cual deberíamos preguntarle siempre y que casi nunca lo hacemos, que es quien recibe el texto: el estudiante. Por lo general, no se le pregunta qué opinión tiene sobre el libro que está estudiando. El futuro libro de texto debe abrir esos espacios

de debate, donde el estudiante exprese cuáles son sus inquietudes y motivaciones. Las tecnologías de la información y las comunicaciones potencian mucho el conocimiento de los estudiantes; estos necesitan respuestas a muchas cosas que encuentran en Internet y que a veces no son científicas; son banales, simplemente. Por lo tanto, a la hora de elaborar un libro deben intervenir muchos: grupos de profesores con mucha experiencia, pero también psicólogos, historiadores, sociólogos, antropólogos, y hacer un equipo de trabajo donde se incluya a los propios estudiantes, o quizás aquellos que de forma más vivaz expresen lo que les preocupa.

Creo que el diseño del libro es muy importante. Soy un fiel asistente a las Ferias del Libro, he tenido en mis manos ejemplares extranjeros de una calidad altísima, buen papel, ilustraciones muy bellas, que invitan a la lectura. Incluso sin tener la intención de abrir el libro, uno lo ve y le llama la atención, y a mis hijos también. Sin embargo, cuando abro el libro y empiezo a leer, he encontrado faltas de ortografía, errores de Matemática y de Física en lo que se está explicando, etc. Nuestros libros pueden tener algunos errores, pero son muy rigurosos con lo que se escribe. Los escritores y toda la intelectualidad cubana tienen que desempeñar un papel más decisivo en lo que se escribe para la juventud; porque ahí tenemos un déficit.

Es verdad que hemos tenido problemas, el país ha afrontado dificultades que afectan la edición; pero es bueno que se piense en escribir un poquito más para los niños y jóvenes, me refiero también al joven universitario, que él disfrute un buen libro en su tarea docente. O sea, se ve como si la literatura fuera por un lado y los libros de la escuela por otro, eso es un craso error. Además del libro de Matemáticas con las cosas que tiene que estudiar, que tenga un libro de consulta relacionado con los aportes que han hecho los matemáticos, y quizás con la historia de algunos de ellos, quitar un poco la nieve a lo que estamos llevando a los muchachos.

Ricardo Quiza: Además de los esfuerzos concertados que se pueden hacer desde diversas instituciones, como la UNEAC, el propio Ministerio de Educación o la Unión de Historiadores, hay una producción cultural que está interpelando a la historia constantemente, y que no se tiene en cuenta: desde la obra plástica de José Ángel Toirac, las novelas de Padura o de Reinaldo Montero, las fabulosas canciones de Frank Delgado como «Veterano» o «Quinto centenario», hasta documentales como *En primera persona* y *Guardados en un cristal*. Hay que ver ese otro lado importante del asunto que es la recepción. Nos esforzamos, hacemos libros de texto y hay quien sigue pensando que entre Australia y los Estados Unidos hay un muro fronterizo. Eso no es excepcional de Cuba, quiero decirlo, hay un documental que se llama *Los americanos son tontos*, en que se observa lo mismo, pero nosotros no tenemos por qué caer en eso. Hay una producción cultural importante que está ahí y que está cuestionándose muchas cosas; los historiadores, incluso, están todo el tiempo brindando nuevas informaciones, nuevas interpretaciones del pasado, y a veces no se tienen en cuenta.

Georgina Arias: Por supuesto, yo no concibo la elaboración de los libros sin la participación de la UNEAC, de IBBY, de Gente Nueva, y de todos los escritores, así se hizo en etapas anteriores y así está en los créditos de todos los libros. Tenemos cartas de Eliseo Diego guardadas, donde nos daba criterios de todas las lecturas, de los textos que incluíamos. No concibo la elaboración de un libro por un especialista del Ministerio solamente, tienen que participar todos los que tienen que ver con eso, porque la educación no es una tarea exclusiva del Ministerio de Educación, es de todos, así como la formación del hombre nuevo. Afortunadamente, esa primera vez tuvimos el concurso de una Comisión de Literatura, creada al efecto, presidida por Mirta Aguirre, con Onelio Jorge Cardoso, Dora Alonso, y una cantidad de figuras tremendas que escribieron para los niños cosas muy bellas. Y pienso que en esta

nueva etapa vamos a tener también la colaboración de los escritores actuales. Hay que contar también con el alumno, estoy de acuerdo con Guillermo.

Denia García Ronda: ¿Eso pasa también con las ilustraciones?

Georgina Arias: Bueno, no tanto. Las ilustraciones serían tema de otro jueves. Contamos con los ilustradores de la editorial que nos publica los libros, que los hay buenos; pero hubo una etapa en que quisimos que los artistas plásticos colaboraran con nosotros y no todos tenían tiempo para dedicarse a hacer ilustraciones para los libros, o no quieren hacerlo, porque tienen un concepto discriminatorio de la ilustración. Quizás se pudiera sugerir que se contrataran otros ilustradores, sobre todo para que el estudiante no vea siempre el mismo tipo de imagen. Quiero aclarar una cosa: la ilustración de un libro de textos es un elemento paratextual, apoya al texto. A veces hemos tenido que eliminar lecturas, porque la ilustración no apoyaba para nada el texto. Es complejo, y tampoco quiero profundizar porque no soy una conocedora, pero sí hay algunas anécdotas de cosas que sufrimos con las ilustraciones.

Enrique Pérez Díaz: Coincido con los colegas en que el libro de texto mientras más colegiado es más integral, tiene más visiones y se hace algo mejor. En cuanto a las ilustraciones, creo que entre nosotros, sobre todo para esta área más juvenil, hay mucho preconceito. En la editorial sufrimos a diario severas críticas porque existen estilos que se apartan un poco del texto —estoy hablando del texto literario, no del escolar—, y además, hay un imaginario ilustrativo en el pueblo, que prefiere el estilo Disney y el de las editoriales extranjeras, que disponen de imágenes más representativas de las cosas.

Actualmente tengo enfrentamientos con los distintos departamentos, del Instituto del Libro, de la librería, porque me dicen: «Esos libros les dan miedo a los niños, esos libros son horrorosos», y están hechos por grandes artistas. Hay algo de verdad en lo que dice Georgina, existe un matiz que no se puede transgredir: que realmente *ilustre*. Para muchos ilustradores, la ilustración es otro camino del texto; es otra lectura del texto; para otros, más serviles, debe calcar gráficamente lo que está diciendo el texto, pero para algunos no, porque si está dicho todo en el texto, ¿qué sentido tiene la ilustración?, ¿cómo enriquece ese texto? Ahí hay mucha tela por donde cortar, lo que no se deben apartar diametralmente.

Denia García Ronda: Le toca al público.

Rolando Rogés: No voy a analizar el libro de texto en sí, sino dentro de un proceso educativo. El libro de texto no puede ser hegemónico, puesto que está el estudiante, el profesor, el cuaderno de trabajo y la familia. Debe haber una armonía, porque si el proceso docente-educativo es amplio, como lo es una sociedad, el centro no puede ser el libro de texto; este tiene que confrontarse con el profesor y con la familia. Es preciso explicar al educando que hay una diversidad que puede ser social, religiosa, racial, etc., de forma que no haya una discrepancia, que haya una armonía y no una dicotomía.

Conozco los libros de texto porque tengo hijos que tienen diferencias de veinte años. Conozco los de todas las etapas, incluyendo los libros escolares soviéticos para la historia antigua, donde a veces yo tenía que explicarle más a mi hijo la batalla de Las Guásimas que la de Grunwald.

Debemos ver los justos límites de ese libro de texto. Hay que tener en cuenta hasta las teleclases, que es un complemento, pero a veces funcionan como «divergentes», por decirlo así; y hay que recordar que la realidad es implacable, y hay que aplicarse a la realidad.

Rosa Álvarez: En realidad, quiero hablar más de las consecuencias que de los factores que inciden en todo esto. Soy profesora universitaria; imparto clases de Historia de la Filosofía a alumnos de primero y segundo años, y los que hemos dado clases en esos cursos nos encontramos que toda la enseñanza anterior es extremadamente deficiente.

El compañero Bernaza decía que el libro debe proporcionar el pensamiento lógico, racional, el nivel de abstracción del niño; igualmente la imaginación, la autonomía, porque es importante que los individuos tengan autonomía. A veces les digo a mis alumnos: «Ustedes pueden estar en contra de lo que yo les diga; quiero que polemiquen, pero que tengan elementos para decir “estoy en contra por esto y por lo otro”»; por ello me parece que el sistema educativo está, de alguna manera, dirigido a crear personas que repitan *slogans* como loros, y eso no es lo que debe ser. Los mando a leer un pedazo quizás de Platón, y tengo que ser muy cuidadosa, que no sea muy largo, porque a veces no saben ni sacar la idea central y su vocabulario es muy pobre. Digo, como Bernaza y Enrique, que no puede ser que el libro de texto y el profesor sean lo único. Pero, además, ¿qué es la incitación a leer? Incentivar en el niño el sentimiento de búsqueda independiente, autónoma. Podemos hacer libros perfectos, pero no creo que eso solucione el problema.

Enrique López Oliva: Voy a hablar a partir de mi experiencia. Yo no estudié pedagogía pero fui veintisiete años profesor de la Universidad de La Habana, de Historia de América Latina y de Historia de las Religiones en América. A mí me preocupan mucho los libros de texto. Soy su enemigo porque me recuerdan un poco los catecismos de la Iglesia católica, los manuales que me dan verdades que tengo que aprenderme de memoria y aceptar.

Comparto el criterio de la compañera que habló anteriormente; hay que enseñar a los muchachos a estudiar y a aprender; por lo tanto, soy partidario de una bibliografía amplia, con criterios contrapuestos. Eso de dar una sola visión de las cosas me parece sumamente negativo y peligroso. Así no desarrollamos verdaderos ciudadanos.

En el campo de la religión, imagínense los problemas con su enseñanza en Cuba. Los libros cubanos, por regla general, dan una visión muy esquemática y poco científica del fenómeno religioso, que es sumamente complejo y que hay que abordar con mayor rigor.

Por ejemplo, ¿por qué estos debates de *Temas*, que tanto pueden ilustrar a profesores y estudiantes, no circulan en el nivel educacional? Mis alumnos, por regla general, leen poco. Cuando formé parte del equipo que hizo las entrevistas de admisión a la Universidad, me di cuenta de que la mayoría de los estudiantes que ingresaban en la Escuela de Historia no leía ni el periódico.

Martha Batista: Me voy a basar sobre todo en una doble experiencia, desde dos sentidos, como coautora de algunos libros de Español y Literatura para la enseñanza preuniversitaria, y mi trabajo docente en la educación media superior; hoy trabajo en la Universidad.

Cuando concebimos los libros de preuniversitario quizás fuimos muy soñadores, pero estoy todavía muy orgullosa de aquellos textos. Si lo vemos desde el punto de vista técnico, podríamos decir que están desactualizados; pero aún puedo trabajar con ellos, igual que trabajo Redacción y Estilo con el libro de Evangelina Ortega, que tiene unos cuantos años. Concebimos ese libro para un profesor creador, permanentemente actualizado. Yo no concibo trabajar con ningún texto sin hacer alusiones constantes a la dinámica de nuestra vida, a la cultura, a las noticias, porque el libro da para eso: tiene secciones como «Interésate en saber», crucigramas, pasatiempos, informaciones, casi sobre todos los aspectos de la vida. Todos los libros son viejos en esta era tan dinámica que vivimos, incluso los acabados de hacer. La dinámica dice que los descubrimientos científicos se hacen viejos de la noche a la mañana. Pero el artífice debe ser el maestro,

que debe estar siempre muy actualizado, tener la habilidad constante de relacionar ese texto con la vida, incluso para discrepar. Es así como concebimos el libro.

Quiero hacer justicia al asunto de los ilustradores. El último texto que hicimos, el de sistematización, para duodécimo grado, tiene tres ilustraciones de grandes artistas cubanos que gratuitamente hicieron obras preciosas para textos de Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Federico García Lorca. Pero esos originales bellísimos nos los echó a perder el Período especial, porque cuando se imprimieron en el papel que había, se corrió la tinta.

Yoss: Una famosa cuarteta de Álvaro Yunque, pedagogo y escritor para niños argentino, decía: «Qué enseñanza puede haber/ en esta escuela inhumana,/ si el libro se escribe ayer/ para el hombre de mañana». Los libros no nacen obsoletos, lo son desde el mismo momento en que se decide escribirlos, y hoy cada día más. El libro es un intento de fijar en papel, que es algo que no varía, algo que hoy por hoy con Internet, se actualiza constantemente. Ya no son solo los niños de La Habana los que buscan Wikipedia; muchos de lugares tan increíbles como Palma Soriano o Quemado de Güines, lo hacen. Un niño que tenga una madre o un padre con acceso a Internet tiene la fuente para hacer la tarea. Los maestros saben que se copia de Wikipedia, pero qué van a hacer.

A mí me preocupa que después de veinte años sin tener libros de texto nuevos, cuando al fin se escriban van a seguir apareciendo Mirta Aguirre, Eliseo Diego y Dora Alonso, y no los de Enrique Pérez Díaz, ni los problemas cotidianos; van a seguir siendo textos en los cuales no se aborda la realidad actual. No sé cómo cabrá la iniciativa del trabajo por cuenta propia en un libro para primer grado, cómo cabrá la homosexualidad o la drogadicción en uno de tercero o de cuarto. Son temas reales hoy en día.

Por otro lado, quisiera ver qué comisión pudiera escribir un libro de texto para ser usado por un maestro emergente o por alguien que en realidad es un técnico de video. ¿Cómo es posible que el libro tenga una preparación superior a la del maestro, que el maestro no sepa trabajar con él? Cuando podamos lidiar con ese tipo de situaciones, nuestra educación volverá a ser lo que era hace un tiempo: el orgullo del país.

Luis Hernández: Soy profesor de la Facultad de Física de la Universidad de La Habana; por lo tanto, me voy a centrar en los aspectos que domino, es decir, las Matemáticas y la Física, y a resaltar la importancia que tiene el libro de texto en nuestra educación. ¿Qué tienen de bueno los de Física y de Matemáticas que enseñan previo a la Universidad? Bernaza lo dijo: tienen muy pocos errores; podrán tener algún dislate, pero errores garrafales no tienen. Segundo, tienen un buen nivel; es decir, un estudiante que aprovecha ese libro está preparado; por lo tanto, esos son dos méritos que tienen los libros, me refiero al de Matemáticas y al de Física.

¿Qué les falta para trascender, para convertirse en un Mario González, en un Fiterre, en un Alonso y Acosta, que después de cincuenta años utilizándolos todavía son por donde se preparan los estudiantes? Creo que uno de sus problemas centrales es que, en su mayoría, están hechos por colectivos de autores y no por un autor. Cuando se trata de un colectivo no hay una unidad establecida dentro del libro, y eso se nota. Otra cosa importante que no existe es la reedición. Tenemos un libro hoy y mañana vamos a elaborar uno nuevo porque es muy difícil que el colectivo de autores anterior se vuelva a reunir. Además de otros problemas de tipo político, laboral, etc. Los autores son compañeros muy bien preparados, pedagogos y metodólogos la mayoría de ellos, pero les falta algo esencial: el vínculo con el aula, lo han perdido o no están actualizados, y eso es esencial a la hora de llevar adelante un libro.

Quiero señalar otra cuestión: el problema de la edición; hay que recordar que el libro de Baldor ya lleva setenta años, pero anualmente se va modificando, desde la época del radio hasta la de Internet, y eso es vital.

Rodrigo Espina: Hemos hablado del libro, pero hay una relación con los programas, que es donde me parece que se pueden introducir cambios más ágiles que en el libro, y no siempre eso se hace.

Por otro lado, un alumno que se gradúa de preuniversitario —si se leyó los libros de Literatura y no hizo solo una fichita— leyó a Franz Kafka, James Joyce y Marcel Proust, Ernest Hemingway, Gabriel García Márquez y quizás Nicolás Guillén, pero no lee, por ejemplo, literatura africana ni asiática, no lee una novela como *El bebedor de vino de palma*.

En cuanto al libro de texto como reflejo de la sociedad; creo que no puede cubrir que seamos participativos en nuestra sociedad; hay otros factores.

Y otro elemento: los abuelos y padres ya no conocemos la literatura infantil, tan abundante hoy día; habría que intercambiar más con nuestros hijos y nietos.

Berta Álvarez: Quiero solamente hablar del gran problema que tiene la historia en los textos, y no en todos; por ejemplo, el de noveno grado es aceptable; pero el de duodécimo grado es terrible. Los estudiantes colocan a Fidel Castro en 1868 junto con Céspedes, a Agramonte asaltando el cuartel Moncada, y ese es el resultado de ese libro.

La historia de los libros de Historia es muy triste. La Universidad de La Habana hizo el esfuerzo de un trabajo colectivo y solo salieron fascículos que dieron origen, añadidos con otras cosas, al libro *Historia de Cuba* del Instituto de Historia, que es un libro respetable.

Antes de Historia, la otra materia desgraciada fue Filosofía, pero tuvo la ventaja de que lo único que hizo fue traducir y traer libros de Moscú o de la RDA; entonces no tuvo la desdicha que ha tenido la de Historia, de tratar de dar la versión determinista, trascendental, mesiánica, emotiva y patriótica entre comillas. De todas maneras, los libros no son tan malos, depende mucho de lo que uno logra hacer con el libro.

Yo respeto mucho a los pedagogos. De Mirta Aguirre conocimos que cuando se es una buena profesora de Literatura, se desprende de ahí valores, ética, etc., pero primero tengo que ser científica. Este ejemplo se los puse con los libros de Historia del preuniversitario, porque los estudiantes llegan a la Universidad y me dicen: «Profesora, la Historia que usted nos enseña es completamente distinta a la que hemos aprendido hasta ahora», y les empieza a gustar, porque entre otras cosas es problemática, alternativa, diversa; y si no se buscan tendencias, no se logra nada con una explicación solo emotiva.

Lo más importante aquí es que la educación, lo mismo que las fuerzas armadas, es el sostén del poder revolucionario; pero no hay prioridad, como es debido, para ella. En Suiza, el maestro mejor pagado es el de primer grado, y de ahí para adelante, lo demás. Además, a nivel de la tecnología mundial, no podemos quedarnos atrás. Si se priorizara la educación, otro gallo cantaría.

Daybel Pañellas: Quizás pudieran cambiarse las preguntas, porque hay algunas asunciones en las respuestas y en las interrogantes, como por ejemplo el propio papel del libro de texto, y me queda ausente el papel de la lectura: en qué medida el libro de texto puede promover, desde etapas tempranas, la lectura activa.

El libro de texto también es un producto comunicativo, y como tal me pregunto qué tipo de ciudadano queremos formar; más allá de si el libro está actualizado o no. ¿Qué tipo de valores queremos promover, como ciudadanos y como personas; qué tipo de enseñanza estamos promoviendo?

No creo que las ilustraciones sean accesorias. En nuestra Facultad (Psicología) se han hecho varias investigaciones con libros de texto de primero y segundo grado, y se ha encontrado que las ilustraciones reproducen los roles de género tradicionales. Por el poder de la imagen en esas etapas del desarrollo, los niños son capaces de

identificar en esos libros que la mujer es la que se queda en casa, la que friega, la que tiene que cocinar, lavar los trastos, etc., y que al hombre le corresponde el papel de triunfador dentro de la sociedad. O sea, que el tema de las ilustraciones no es accesorio en medio de todo esto.

Cuando hablaban de la complementariedad del libro de texto, creo que debe ser con todo el sistema educativo, de manera general; y, además, con el mundo de la tecnología. Entonces, ¿qué papel tiene el libro de texto en la interacción con el maestro, con la familia, y con la tecnología educativa? Por qué no pensar, si se están poniendo televisores y videos en el aula, al libro de texto en conjugación con una multimedia o con otros materiales educativos que puedan enriquecer la formación general del niño; incluso con Internet, que en algún momento espero que no sea un sueño.

Por otra parte, ¿qué papel está desempeñando el libro de texto en relación con el discurso de los otros medios que los niños también consumen?

Raúl Morón: Tenemos un vacío editorial, no de ahora, sino de hace años, que está repercutiendo sobre la formación de los muchachos que están ahora en las universidades y en la enseñanza secundaria. Al no tener la capacidad de reponer textos importantes y editar nuevos, que estén a la altura de las necesidades de estos momentos, se va a caer en una gran carencia formativa en esos períodos.

Cintio Vitier en su libro, *Existencia de libertad*, de 1999, llamaba la atención sobre eso y decía que hay una ausencia, un vacío de voces jóvenes en el medio intelectual, una notable fuerza pujante que se estaba desconociendo y que estaba pasando inadvertida en el panorama intelectual cubano. Eso todavía tiene vigencia.

Sobre los libros y la enseñanza, quiero poner un ejemplo de carácter histórico y político: en un noticiero de la televisión, con motivo del aniversario del nacimiento de Carlos Marx entrevistaron, en la escuela Lenin, a unos muchachos y les preguntaron cómo iba su aprendizaje del marxismo. Ninguno dio una buena opinión. Decían que no comprendían el marxismo y que no entendían lo que les decían los profesores.

Rafael Hernández: Igual que la salud pública no es responsabilidad exclusiva de los médicos; que la comida no atañe solo a los agricultores, los textos escolares son algo demasiado importante como para pensar que es atributo y responsabilidad solo de un organismo o de un departamento; es algo que nos pertenece a todos. Creo que muchos de los problemas de los textos escolares tienen que ver con nosotros en el siguiente sentido: primero, la cuestión del canon. Responden a más de un canon, igual que la cuentística de los años 90 y de los 2000 responde a otros. En ellos hay cantidad de jineteras, drogadictos, policías abusadores, balseros, porque así se construye el canon. Mi pregunta es: ¿cuál es el canon de nuestros libros de texto? Y no es una pregunta teórica. Me ha llamado siempre la atención que, en ninguna parte del mundo, las imágenes de esos libros se parecen a la manera en que los niños representan y construyen sus propios problemas, sus propias vidas. No estoy diciendo que eso se resuelve quitando las ilustraciones de los artistas y poniendo dibujos infantiles, sino que los artistas deberían considerar, junto con los psicólogos y todas las demás especialidades, cómo los niños, que tienen una capacidad de autorrepresentación, se ven a sí mismos y ven las relaciones sociales, mediadas por la discriminación de género o de raza. Creo que eso nos ayudaría a construir un canon alternativo, desde lo visual, por ejemplo.

Asimismo, no creo que el tema de la diversidad, se resuelva simplemente con la fórmula de «vamos a llenar los libros de texto de negros, de mujeres, de guajiros», porque que haya —lo cual es deseable— más presencia de figuras como Martín Luther King, Jr. o Nelson Mandela en nuestros libros de texto, no hace que los problemas del racismo disminuyan un milímetro. Hay lugares donde los libros de texto tienen a héroes como estos, y son muy racistas; entonces, se trata de en qué medida dichos

libros son capaces de recoger esos problemas; y, por supuesto, los problemas tratados en los libros de texto para niños de ocho años, no pueden ser los mismos que aborda, por ejemplo, Leonardo Padura en sus novelas.

Denia García Ronda: Pasamos al panel para que conteste y comente.

Ricardo Quiza: Respecto a la enseñanza repetitiva, me llama la atención que de Luz y Caballero para acá hay una eterna polémica, que sigue apareciendo, entre la escolástica y los métodos avanzados de educación. ¿Por qué se mantiene la polémica? Porque el problema se mantiene, en definitiva. Nuestros libros de Historia, efectivamente, no pintan la realidad tal y cual es ahora, incluso el que acaba de salir en 2010, solo llega hasta el Período especial.

Cuando ese libro analiza el trabajo por cuenta propia, en el contexto del Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas, se dice que una de las medidas acertadas fue eliminarlo. Mientras que cuando aborda la nueva política del Período especial, en el año 94, se dice que, por el contrario, fue una medida acertada estimularlo. Entonces, cuando el alumno recibe esta visión incongruente de nuestra realidad más inmediata, se pregunta: ¿el cuentapropismo es positivo o negativo? Recuérdese que esta problemática socioeconómica se halla ahora mismo sobre el tapete. Por tanto, lo importante no es solo que el libro esté actualizado en el sentido cronológico, sino que haya una crítica racional del problema. ¿Qué ciudadanos estamos formando? Ciudadanos totalmente pasivos, que repiten consignas simplemente.

Creo que la visibilidad de los sujetos es importante, con independencia de la orfandad que tienen estos libros de la historia social, de la vida cotidiana, de las mentalidades, elementos que de algún modo deben estar incorporados porque en definitiva esa es la carne y la sangre de cualquier realidad; la historia de la gente, cómo viven y cómo se comportan día a día.

Cuando me refería a la producción artístico-literaria, lo hacía en términos de que eso tiene que ser metabolizado, rumiado y adaptado de algún modo, porque todas estas personas relacionadas con los procesos educativos viven en la misma realidad que todos, entonces ¿por qué unos se pueden percatar de eso y otros no?

Georgina Arias: Quiero agradecer la posibilidad que he tenido de estar y de intercambiar con ustedes. Lamento que no haya habido mucha presencia de profesores de otros niveles no universitarios. Hubiera sido muy interesante. Pero de todas maneras me voy enriquecida con todo lo que he oído hoy, y voy a seguir pensando; y vamos a ver qué se puede hacer.

Guillermo Bernaza: Estoy muy satisfecho con las intervenciones, porque todas tienen un mensaje muy bien definido, dado por las vivencias que tienen los profesores que han participado. Tengo el convencimiento de que los libros forman valores también; o sea, no se trata de que se resalten los valores de un personaje histórico, sino de que el estudiante piense, reflexione, sobre qué hizo ese personaje histórico, y esté en constante discusión con el profesor, con los demás estudiantes, basados en los textos; que el estudiante reflexione sobre cuáles son realmente los valores auténticos de nuestra Patria, de nuestra Revolución.

Enrique Pérez Díaz: Yo diría —y es una conclusión que he extraído de las palabras del público, tan o más especializado que muchos de los que estamos aquí— que quizás estemos en el momento no solo de actualizar los libros de texto, sino de actualizar nuestra visión sobre los libros de texto y qué deben constituir.

Denia García Ronda: Agradezco de nuevo la presencia y las intervenciones de los panelistas y el público, que nos convencen cada vez más de que hay que tener una visión holística, donde el libro de texto y, en definitiva, las enseñanzas primaria y

secundaria, tengan un papel fundamental. Efectivamente, como se dijo, comprender lo complementario del libro de texto dentro de ese sistema generalizado, intercomunicado, que es la educación: un proceso de por vida, pero que tiene sus raíces y quizás la posibilidad del éxito en esos niveles, es decir, en la enseñanza elemental.

Participantes:

Georgina Arias. Pedagoga. Especialista de la Dirección de Enseñanza Primaria del Ministerio de Educación (MINED).

Guillermo Bernaza. Profesor de Física y Pedagogía. Asesor Técnico Docente de la Dirección de Posgrado del Ministerio de Educación Superior (MES).

Enrique Pérez Díaz. Escritor, ensayista, crítico. Director de la editorial Gente Nueva.

Ricardo Quiza. Historiador. Profesor de la Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.

Denia García Ronda. Ensayista y narradora. Subdirectora de la revista *Temas*.